

debemos (es obvio, por ejemplo, que el derecho a la memoria, a la verdad y a la justicia no es *apenas* un derecho de los sobrevivientes), sea que no estén ahí porque todavía no han nacido, pese a lo cual, o, mejor, *justamente* por lo cual, son titulares de un conjunto de derechos, como por ejemplo el de heredar un planeta habitable, que el Estado y que nosotros les tenemos que garantizar. Todas estas discusiones, me gustaría decir, son fundamentales, y nuestras ciencias sociales y nuestra filosofía política deben encararlas con urgencia, a riesgo de profundizar su ya marcado desfasaje con las primicias de esta hora política tan interesante.

Pero no querría que la fuerza y la importancia de este desplazamiento —que ya hemos apuntado: el que nos conduce de un énfasis fuerte, en nuestras discusiones de tres décadas atrás, en el problema de la libertad, a un énfasis igualmente fuerte, en nuestra agenda política presente, en la cuestión de los derechos—, nos lleve a concluir que no tenemos que seguir discutiendo, también, sobre ese viejo y siempre actual problema de la libertad, que no ha perdido nada de su importancia y de su centralidad y que además asume ante nuestros ojos, en estos días argentinos, una nueva fuerza o una nueva entonación particularmente interesante.

Dos palabras sobre lo primero que acabo de apuntar, que me parece que tiene un interés muy grande para la discusión, no sólo sobre el problema de la libertad, sino también y sobre todo sobre ese viejo “problema” de nuestras ciencias sociales y políticas que es el “problema” del populismo. Porque si hace un momento observé que hoy la cuestión de la libertad se había desplazado del centro de nuestras obsesiones y que ya no soñábamos con ella como lo hicimos en otros momentos de nuestra historia más cercana, agregué que eso era así como consecuencia de que nunca como hoy hemos gozado, en Argentina, de la libertad de la que hoy gozamos, y añadido ahora, adicionalmente, que esto es así como consecuencia de un conjunto de decisiones de un gobierno que nunca se dio a sí mismo ni recibió de nadie el apelativo de “liberal”, pero que sin duda es el más atrevidamente liberal que haya conocido nuestro país a lo largo de sus dos siglos de historia.

Porque, en efecto, no fue ninguno de los gobiernos que sí se dieron el rótulo de liberales a lo largo de estos dos siglos de historia los que eliminaron las figuras de las calumnias y de las injurias del mapa de las posibilidades de censura estatal a la libertad de prensa en el país. Ni fue ninguno de los gobiernos que se llamaron liberales los que ordenaron a sus fuerzas de seguridad garantizar el orden en las manifestaciones



públicas sin portar armas que pudieran servir para reprimir la más irrestricta libertad de expresión que jamás hayamos conocido. La paradoja que quiero señalar es que los gobiernos que a lo largo de las décadas se llamaron entre nosotros “liberales”, o bien no lo fueron en la medida en que esa denominación permitía esperarlo o bien no tuvieron la voluntad o la capacidad para garantizar, contra los muchos factores de poder contra los que deben levantarse hoy las banderas de un liberalismo verdadero, la libertad que proclamaban defender. Forma parte de los lugares comunes de la literatura que ha pensado de manera menos prejuiciosa el fenómeno del populismo sostener que en América Latina los avances de la democracia han venido de la mano, en general, de experiencias de gobierno de ese tipo: que el populismo ha tendido a ser, entre nosotros, la vía para el desarrollo y la consolidación de la democracia. Del mismo modo me gustaría sugerir que esta precisa y original modulación del populismo argentino que es el kirchnerismo ha sido entre nosotros la vía más decidida y eficaz para el desarrollo y la consolidación de la libertad.

Pero hay además, decía, otra transformación que el kirchnerismo ha operado en nuestros modos de pensar este tema fundamental de la libertad, que no ha sido pensado siempre, a lo largo de la historia del concepto y de sus formulaciones, de la misma manera o para significar con él la misma cosa, y del cual es posible identificar distintas acepciones. Una de ellas, a la que podemos calificar de “liberal”, tiende a pensar la libertad como la libertad de los individuos frente a los poderes que los exceden en general, y frente al poder del Estado en particular. Otra, a la que podemos calificar de “democrática”, se la representa como la libertad de los individuos *para* participar junto a los otros en las discusiones colectivas en las que se decide su futuro. En cierto sentido, decíamos más arriba, las discusiones sobre la libertad que todos protagonizamos en los años de nuestra “transición a la democracia” eran las discusiones en torno al peso relativo que tenía que tener cada una de estas acepciones —es decir, cada una de estas tradiciones— en nuestra representación de la libertad que queríamos conquistar. Pero hay también un tercer modo de pensar la libertad, más allá o más acá de los modos liberal y democrático de hacerlo, que es un modo

***Esta precisa y original modulación del populismo argentino que es el kirchnerismo ha sido entre nosotros la vía más decidida y eficaz para el desarrollo y la consolidación de la libertad.***



que voy a llamar, siguiendo en esto a Quentin Skinner, “republicano”, que es una idea sobre la libertad que parte del principio de entender que nadie puede ser libre en una comunidad que no es libre, y que piensa en consecuencia esa libertad de todo el pueblo como parte de esa “cosa pública”, de esa *res publica*, que es necesario defender.

¿Defender de quién? Pues de las fuerzas exteriores a esa comunidad (un poder imperial, un ejército de ocupación, un organismo financiero internacional) que pueden, esclavizando o sojuzgando a un pueblo, volver abstracta o absurda la pregunta por la libertad individual de sus ciudadanos. A mí me parece que algo de esta representación sobre la libertad como libertad colectiva de todo un pueblo es la que hoy se nos vuelve evidente que debemos

**No regalemos la preciosa palabra república a la manga de conservadores que en Argentina se han apropiado de ella para nombrar apenas una organización de los poderes destinada a preservar los privilegios de una minoría.**

defender cuando asoman en el horizonte amenazas a las conquistas de todos estos años como la que representa la conjunción entre la despreocupada codicia de los titulares de los llamados “fondos buitres”, el arrogante desprecio del juez Thomas Griesa y la irresponsable complicidad de sus entusiastas adláteres locales. Y está bien llamar republicana a esta forma de la libertad que hoy más que nunca es preciso defender, porque es de eso, de la cosa pública, del bien común, del bienestar general, del patrimonio colectivo, de lo que se trata. No regalemos la preciosa palabra república a la manga de conservadores que en Argentina se han apropiado de ella para nombrar

apenas una organización de los poderes destinada a preservar los privilegios de una minoría. Forma parte de la mejor tradición política occidental la distinción entre la idea de una república de pocos y la idea de una república de todos. Ésta es la que queremos y la que defendemos, y de esta el populismo no es la antítesis ni la negación, como pretende un consignismo ideológico y banal, sino la garantía y la expresión más acabada.

Por eso es que es necesario también, y finalmente, incorporar a esta agenda de cuestiones que nuestras ciencias sociales y nuestra filosofía política deben asumir, al menos si quieren poder acompañar la originalidad de esta hora y de sus desafíos, el problema, nunca como hoy tan decisivo, del Estado. Que es uno de los temas centrales de la gran tradición republicana —que siempre fue una tradición estatalista, que siempre, de Aristóteles a Hegel, digamos un poco brutalmente, o de Cicerón a Mariano Moreno,



puso al Estado del lado de las condiciones mismas de la libertad—, y que es también uno de los temas principales de la gran tradición democrática moderna, en la medida en que es sólo el Estado el que puede garantizar los derechos que las luchas democráticas de los ciudadanos van estableciendo. Hay libertad, y hay derechos, *justo porque* hay Estado: la conquista de esta doble comprensión nos separa del clima de las discusiones teóricas y políticas de nuestros 80 y 90, en los que el Estado se nos aparecía, casi a priori y por principio, del lado de las cosas malas de la vida y de la historia. Pero tampoco se trata de desplazarnos sin ninguna reflexión del antiestatalismo ingenuo de esos años a un estatalismo simétricamente candoroso: sabemos bien que, como nos lo ha enseñado una abundante literatura que no podemos ni debemos olvidar, el Estado es *también* un garante y un reproductor de relaciones sociales asimétricas e injustas, que es *también* un disciplinador de las sociedades y de sus poblaciones, que es también, y todavía hoy, un violador serial de los derechos humanos.

Que es todo eso, en efecto, pero que tampoco es posible imaginar que sea fuera de él o contra él que vayamos a encontrar, como se pretendió no hace tanto tiempo en Argentina, la libertad o la autonomía finalmente realizadas, porque lo que hemos aprendido, y por cierto que dolorosamente, es que del otro lado del Estado, lo que más bien suele aguardar es la inclemencia de la desprotección más absoluta, la ausencia más desoladora de cualquier forma de derecho. Hay derecho, insisto (e insisto también: hay *libertad*), sólo en el Estado y gracias al Estado. Por eso, es necesario que de ese Estado tengamos una teoría más compleja que las que hasta aquí han dominado nuestras discusiones, porque una parte importante de lo que hoy ocurre en Argentina como disputa entre proyectos y entre orientaciones políticas distintas y enfrentadas ocurre en el interior del propio aparato de ese Estado que tenemos que poder pensar mejor. De eso han querido apenas tratar estos rápidos apuntes: de lo que tenemos que poder pensar mejor. Es fácil tener la sensación, hoy, en Argentina, de que vivimos un tiempo excepcional, un tiempo de renovación de las cosas y de los horizontes, de reapertura de la historia hacia nuevas alternativas y posibilidades. Pero también lo es advertir la distancia a la que el pensamiento de nuestras ciencias sociales y de nuestra filosofía política viene siguiendo, cuando lo hace, los movimientos más dinámicos de la vida nacional. Aquí he tratado de sugerir una agenda posible de cuestiones sobre las que deberíamos pensar si quisiéramos poder acompañar estos movimientos tan interesantes un poco más de cerca. ●





**ARGENTINA**

# El kirchnerismo que viene

por **Martín Sabbatella**

*El autor avanza en la caracterización del kirchnerismo como una identidad fundante del proyecto nacional, popular y democrático en el siglo XXI. En este sentido, describe sus factores constitutivos: las cualidades del activo militante, la conjugación de las tradiciones políticas que lo integran, y los ideales puestos en práctica a través de once años de gobierno. Finalmente, aborda los desafíos de cara a la continuidad de esta experiencia política.*

Si se detiene la atención en el presente político del país, lo primero que salta a la luz es que no existe un colectivo militante con la organización, la identidad ideológica, la acción territorial y la incidencia institucional que se parezca siquiera a la construida por el kirchnerismo. La extensión y fortaleza de las fuerzas comprometidas con la defensa y continuidad del proyecto nacional y popular, conducidas y conmovidas por la presidenta Cristina Kirchner, no se compara con las que han podido desarrollar en esta etapa democrática otras organizaciones o espacios partidarios. Ni siquiera quienes exhiben candidatos presidenciales con buena intención de voto han logrado sustanciar o al menos insinuar un activo militante del volumen y la densidad como el generado y movilizado por el kirchnerismo a partir de 2003. Algunos de esos espacios no tienen posibilidades de generarlo; otros no lo harán porque su política es la antipolítica y el desprecio a la militancia.

La incapacidad de entender este fenómeno de participación política puesto en valor y en acción por Néstor y Cristina es uno de los grandes déficits de las oposiciones mediáticas, económicas y políticas (según el orden de incidencia que tienen en la sociedad) y, posiblemente, una de nuestras principales ventajas. Eso que algunos medios de comunicación desacreditan como “clientela” o “patotas” no es sino la expresión de una juventud –contemporánea y debutante en la escena política, pero también pretérita y vuelta a ilusionar– que se enamoró de la actividad política al descubrir que esta, lejos de ser el corral de la prebenda, la mentira y la

especulación individual, es el terreno abierto en el que es posible consagrar los derechos de las grandes mayorías populares. Compromiso que quedó visibilizado en los varios actos que realizamos las distintas organizaciones kirchneristas.

Tras una larga y fría noche neoliberal en la que la Democracia se empañó con la frivolidad, la corrupción y el desamparo, Néstor Kirchner puso el cuerpo para sacar al pueblo argentino del barro de la pobreza, el desempleo y la desintegración y demostrar que nuestra Patria puede estar de pie, soberana, independiente, desarrollada, inclusiva, integrada y democrática. Es en esa decisión política transformadora, que enterró la cultura de la resignación, en la que hay que encontrar la chispa que encendió la pasión de cientos de miles de compañeros y compañeras en todo el país, y que hoy arde con la potencia que le inflama el coraje de Cristina.

Abstraer este activo militante –el que está en los barrios codo a codo con los más pobres, el que sale a la calle a defender lo conseguido o el que interpela al Pueblo a ir por más en todos los rincones de la Patria– de lo que ocurre en el seno de la sociedad y sobre todo entre los trabajadores y trabajadoras, es otro de los enormes deméritos que nos regala la oposición. En lugar de comprender que nos motiva un entusiasmo arraigado en una parte mucho más grande de la sociedad, los opositores borrachos de soberbia prefieren convencerse de que están ante una especie de milicia alienada, cuyo incentivo es obtener beneficios personales a partir de la administración circunstancial del Estado. En su lógica, la militancia kirchnerista se escurrirá por las rejillas del Patio de las Palmeras, a más tardar, el 10 de diciembre de 2015, cuando Cristina deje el sillón de Hipólito Yrigoyen, Juan Domingo Perón, Raúl Alfonsín y Néstor Kirchner, para que lo ocupe quien haya sido electo por la sociedad. En nuestra lógica, Cristina deja de ser presidenta pero no deja de ser la líder del proyecto que fundó junto a Néstor y que tiene, en el protagonismo de la militancia, uno de sus rasgos constitutivos.

### **Palabra política y tradiciones**

Interpretar a nuestra militancia como producto derivado de la satisfacción de materialidades puramente individuales o desencajarla del contexto social del que emerge, es propio de una concepción reaccionaria y antipolítica. Pero no es el único error que repiten muchos opositores al kirchnerismo (la derecha explícita, la derecha edulcorada o la derecha progresista). Además, ignoran la fibra histórica que han logrado tocar Néstor y Cristina

